

Homenaje a la Segunda República Española (1931-2006)

© DANIEL SANTIS PERÓN

En gran medida, la España de hoy es el país con el que soñó la Segunda República. A pesar de que algunos puntos sociales quedan pendientes, el edificio institucional y la sociedad española actual mantienen una conexión lógica y moral evidente con aquél efímero orden político de los años 30 del pasado siglo, alumbrado por un fervor popular sin igual y fulminado por una de las peores guerras civiles de la Historia. El respeto a los derechos y libertades del individuo, la garantía de la justicia y la acción de gobierno encaminada al progreso y al bienestar de los ciudadanos, nada más y nada menos que a esto, se debía y se debe la República, al igual que cualquier régimen democrático de la Edad Contemporánea. La Constitución es su fundamento, y la pluralidad de ideas políticas, su expresión última.

El 14 de abril se cumplirán 75 años desde aquella festiva y populosa jornada de 1931, en la que miles y miles de españoles festejaron por las calles, esperanzados como nunca en el futuro, la llegada de un nuevo régimen político. Una España maltratada por más de un siglo de inestabilidad y ocasiones perdidas, un país insignificante y relegado a una esquina de Europa, pretendía ahora subirse al carro del progreso y de los regímenes políticos más abiertos y avanzados del mundo. No podían los españoles, en aquéllos convulsos años 30, ni siquiera soñar en sus peores pesadillas acerca del horror que les esperaba a la vuelta de la esquina.

La monarquía parlamentaria en la que actualmente vivimos, así como las demás monarquías europeas, pueden calificarse sin ningún rubor como «republicanas». Atendiendo a la etimología del término latino, *res publica*, el edificio institucional, el Estado, es *lo público*, que emana del pueblo. Este elemento democrático es fundamental para entender el corazón de la República, que surgió contra el poder absoluto del Antiguo Régimen de raíces medievales. Así pues, y por extensión, algunas dictaduras, aunque se dicen repúblicas, no lo son en absoluto. Pero volviendo al principio del argumento: el problema radicaba en que la monarquía que existía en España a principios del siglo XX no tenía nada que ver con la actual. La derrota ante los Estados Unidos en 1898 y la pérdida de las últimas colonias habían dejado en evidencia el nivel de atraso que padecíamos en todos los campos. El régimen bipartidista de la llamada Restauración degeneró en el sistema de caciques, y la dictadura de Primo de Rivera (o «dictablanda») no hizo sino agravar la crisis, al contar, además, con el beneplácito de Alfonso XIII.

Resulta sorprendente comprobar cómo se produjo el advenimiento de la Segunda República. En España, todos los intentos democráticos y constitucionalistas desde *La Pepa*, la emblemática primera constitución de 1812, habían tenido que recurrir a la fuerza de las armas para vencer la resistencia retrógrada y reaccionaria: en 1820 con Riego y el trienio liberal, luego con el sexenio democrático, en 1869 y 1873 con el protagonismo absoluto de militares progresistas. Así que un golpe de este tipo, que se proponía proclamar la República, tuvo lugar en 1930, pero fracasó. Iban a ser unas elecciones municipales (12 de abril de 1931) las que, sorpresivamente, con la aplastante victoria en todas las grandes ciudades de las candidaturas republicanas, provocarían el advenimiento casi espontáneo de la Segunda República Española.

Son de todos conocidas las fotos, tomadas en distintos lugares de España, de las grandes multitudes, llenas de júbilo y esperanza, dando la bienvenida a la República. Pero, ¿qué es lo que se esperaba y por qué es por lo que apostaban los españoles en aquella jornada de abril de hace 75 años? España, a principios del siglo XX, era un país periférico en el desarrollo económico, tecnológico y social que vivían Europa y el mundo. De hecho esto venía siendo así desde hacía varios siglos. Apolillada en el recuerdo del Imperio de los Austrias, la cerrazón intelectual, encabezada por la Iglesia Católica, había dejado a España al margen de los nuevos tiempos. Sobre todo a partir de la Ilustración francesa, con el aporte inestimable de los científicos ingleses, el pensamiento, las sociedades y la economía cambiaban hacia los conceptos de libertad y de ciudadanía. Pero España era reacia a lo nuevo, no ya por herejía, sino porque lo antiguo sostenía una estructura social y económica profundamente injusta y anacrónica. La oligarquía tradicional española es uno de los grupos de poder más reaccionarios, obtusos y brutales de todos cuantos han ido siendo derrocados en Europa durante las edades Moderna y Contemporánea (quizás sólo en los Balcanes y Rusia se encuentren estratos sociales similares). Sus dos puntos de apoyo fundamentales eran el Ejército y la Iglesia. El primero, a pesar de no tener más que reveses en el extranjero desde los tiempos de Felipe II, y dedicarse casi en exclusiva a reyertas civiles y represiones, era expresión del nacionalismo de sangre de origen feudal. La segunda cumplía una misión fundamental de control mental y social: aseguraba el pensamiento único y el enanismo intelectual, y por otro lado mantenía al paupérrimo pueblo español sumiso, de una manera mucho más efectiva y silenciosa de lo que nunca podría haberlo hecho el ejército. El germen del progreso y de la luz vino primero a través de las camarillas ilustradas de los reyes en el siglo XVIII (los «afrancesados»), y luego, en el siglo XIX, a través de los nuevos negocios «capitalistas» que venían de Europa, con tantas novedades y de tanto empaque que incluso algunos militares entendieron que había que hacer algo, lo que fuera, por sacar al país del hoyo y modernizarlo de una vez. Una loable iniciativa entonces, pero que degeneró en la dañina costumbre del Ejército español de inmiscuirse en la vida política.

Hacia 1931 uno de cada tres españoles era analfabeto. La mitad del presupuesto lo

consumían la deuda pública y el ejército. La distribución de la tierra era arcaica, injusta e inviable para una economía moderna: enormes propiedades del tamaño de una provincia, en las que los *señores* disponían a su albedrío de la vidas de las gentes que los habitaban, convivían con explotaciones tan exiguas que obligaban al pequeño propietario, si no quería morir de hambre, a emigrar (oleadas de españoles, huyendo de la miseria, habían llegado a distintos países americanos en el cambio de siglo). No existía, propiamente hablando, un mercado nacional. Una industria incipiente había surgido en las zonas periféricas de fácil salida al mar, en gran medida promovida en el siglo pasado por el capital francés e inglés, que buscaban sacar materias primas baratas de un país tan subdesarrollado como era aquella España, aplastada por la leyenda negra, la ignorancia y la miseria.

Antes de la República ya se habían planteado los males del país con toda su crudeza, sobre todo a partir del desastre del 98. Desde los noventayochistas se hizo habitual hablar de regeneracionismo, pero si bien los lentos pasos hacia el capitalismo se iban dando, en el terreno social el inmovilismo era poco menos que total. Frente al ejemplo de la oligarquía inglesa, emprendedora, de la francesa, comprometida, o incluso la alemana, organizada y disciplinada, en España la oligarquía seguía viviendo de sus feudos, atragantándose con la patria y el honor, sin tener el menor interés por saber por dónde discurría el camino del progreso y el éxito de las naciones.

Ante este panorama, el pueblo español, consciente ya de ser ciudadanos y no súbditos, fue tomando conciencia. La grieta se abrió por el lado de la industria. A pesar de trabajar en condiciones casi infrahumanas, desasistidos por el paraguas estamental y casi feudal del campo, las industrias supusieron la primera independencia de las masas con respecto a la Iglesia. En este caldo de cultivo se tomó conciencia de clase, y las ideas pos-ilustradas maduradas en Europa acerca de la igualdad y la fraternidad de los pueblos, y el convencimiento en la posibilidad de cambiar la sociedad, hicieron el resto. Nacía la izquierda moderna, pero de ninguna manera la República queda subsumida en ella, como muchos de sus detractores han querido hacer ver.

La República tomó forma gracias a una unión general de fuerzas políticas dispares, convencidas de que España tenía un futuro mejor. Mucho se ha especulado (nuestros revisionistas sobre todo) con que la República fue un experimento caótico abocado a la revolución bolchevique. Nada más lejos de la realidad. Los líderes republicanos que se hicieron con el control del régimen podrían muy bien ser tenidos como de centro o de derecha: Alcalá Zamora, Maura o Lerroux, por ejemplo. Una pléyade de fuerzas republicanas, además del Partido Radical y de las fuerzas de derecha que luego compondrían la CEDA, representaban este espectro. Este republicanismo moderado pactó con un socialismo moderado para que el primer gobierno (Azaña) comenzara a tomar las medidas que el país necesitaba. El problema sobrevino cuando la oligarquía y las fuerzas involucionistas e inmovilistas consiguieron, esta vez sí de manera no cruenta, a través de presiones

en las instituciones, paralizar la puesta en marcha real de los primeros decretos de índole social del primer gobierno republicano. El mundo obrero empezó a pensar en la revolución (encabezados por un sector izquierdista del PSOE), y en el campo los desheredados empezaron a comprender que la única solución era la comuna libertaria (amparados en el peso de la CNT-AIT). Además, contrariamente a lo que tanto cacarean los que tanto vilipendian a la República, en los años 30 el Partido Comunista era una fuerza minoritaria y residual, presa de las tensiones entre estalinistas y troskistas; las dos grandes fuerzas de la izquierda eran el PSOE y los anarquistas. Los sucesos de Casas Viejas terminaron por romper el apoyo de la izquierda al gobierno Azaña, que al poco dimitió.

En 1933 llegó al poder un gobierno de derechas que en gran medida desandó lo que el gobierno Azaña había emprendido. Dicho lo cuál queda así meridianamente claro que las derechas podían expresarse, defender sus intereses e incluso ganar unas elecciones libres sin tener que recurrir a la violencia. La izquierda se radicalizó y emprendió el camino de las huelgas constantes que finalmente llevaron a la Revolución (esta vez sí, bolchevique) de Asturias en 1934. Pero la República reaccionó, las instituciones funcionaron, el levantamiento fue reprimido y el régimen siguió funcionando. Lo que acabó con el gobierno republicano de derechas (Lerroux) sería la corrupción y su inoperancia para buscar soluciones. Ante este nuevo golpe de timón político, y aunque los ánimos estaban ya caldeados, se convocaron, como en cualquier democracia, nuevas elecciones, que ganaron con amplia mayoría las izquierdas, unidas en el Frente Popular.

No dio tiempo a más. No es por nada que pudiera haber hecho el nuevo gobierno Azaña. A poco de saberse el resultado de las elecciones de febrero de 1936 los militares ya estaban dispuestos para la sublevación. Si no lo hicieron hasta julio fue por motivos meramente operativos. El contexto internacional tras las crisis económica de 1929 era abiertamente desfavorable a las democracias. El fascismo, en sus múltiples versiones nacionalistas, estaba de moda. Los militares, y la oligarquía española detrás, ya habían dado de lado a la República (el clero lo había hecho desde el principio). Renegaban y estaban dispuestos a acabar, sea como fuere, no sólo ya con un gobierno coyuntural surgido de unas elecciones, sino también con una manera de entender el mundo basada en la libertad y la democracia. Una manera que hoy es la triunfante en gran parte del mundo, por lo que no deja de provocar entre náuseas e hilaridad que los que con mayor frecuencia, hoy por hoy, se les llena la boca de palabras como libertad o constitución, sean precisamente los herederos, e incluso y lo que es peor, los adalides y defensores del régimen criminal y anacrónico que sufrió España durante 40 años, aupado salvajemente al poder tras la espantosa guerra civil que acabó con la República.

Todavía resuena el berrido de Millán Astray en Salamanca en 1936 ante un atónito y aterrado Unamuno: «¡Muerte a la inteligencia!». Desgraciadamente para ellos, inteligencia aún nos queda a algunos para analizar el pasado, alegrarnos por lo

luchado y lo conseguido, y congratularnos este abril con uno de los episodios más emocionantes de la historia reciente de nuestro país.

Citar como:

SANTIS PERÓN, Daniel. «Homenaje a la Segunda República Española (1931-2006)». *La Gaceta Cultural*. Nº 13 (abril 2006) p. 10-12

Proclamación de la República Española por Niceto Alcalá-Zamora, Presidente del Gobierno provisional (Unión Radio, 14 de abril de 1931)

En nombre de todo el gobierno de la República española, saluda al pueblo una voz, la de su Presidente, rendida por la emoción e impulsada por el entusiasmo ante el espectáculo sin igual de una reacción, casi imposible de imitar, que esta nación ha dado al mundo, resolviendo el problema de su revolución latente y cambio indispensable de su estructuración, en medio de un orden maravilloso y por voluntad y vía perfectamente legales.

El Gobierno todo, en nombre del cual hablo, está compenetrado por su amor al país y dispuesto a resolver los ideales nacionales, y ofrece que pronto, muy pronto, tan pronto como las circunstancias lo permitan, dictará el modelo de su estructuración política. Pero mientras tanto, el Gobierno realizará un programa de justicia social y de reforma administrativa, de supresión de injusticia, depuración de responsabilidades y restablecimiento de la Ley. Dará con todo ello la satisfacción que el pueblo anhela.

El acto del domingo, con ser admirable y perfecto, ha tenido complemento grandioso con el requerimiento que ayer hizo la opinión al régimen monárquico para que desaparezca. La implantación en el día de hoy de la República por un acto de voluntad soberana, de iniciativa del país, sin el menor trastorno, completa aquella empresa de tal manera que el mundo entero sentirá y admirará la conducta de España, ya puesta en otras manos con un orden ejemplar, que ha de completar su eficacia.

Asistid al gobierno con vuestra confianza, vigiladle en sus actos y, si incurrimos en responsabilidad, exigidlas, y con nuestro amor y con nuestra conciencia prometemos llenar todas vuestras aspiraciones. Si esto es así, no os reclamamos vuestro aplauso, sino vuestra confianza, para la satisfacción de la conciencia de todos nosotros. Nuestra autoridad sólo puede existir con vuestro apoyo, seguid unidos sin alborotos en las calles y respetad el derecho de todos, pero vigilad, pues sois la guardia nacional del Gobierno que acompaña al pueblo. Procurad que en vuestra conducta no haya nunca la menor protesta que sirva de pretexto para una reacción contraria y, si ella surgiere, quede ahogada.

La normalidad en el país es completa, y nos hemos posesionado sin el menor incidente. El primer acto del Gobierno ha sido la concesión de una amplia y generosa amnistía. Estamos todos seguros de que España goza de un completo amor en todas las regiones, que servirá para hacer una España grande, sin que ningún pueblo se sienta oprimido, y reine entre todos ellos la confraternidad.

Con el corazón en alto os digo que el Gobierno de la República no puede dar a todos la felicidad, porque eso no está en sus manos, pero sí el cumplimiento del deber, el restablecimiento de la ley y la conducta inspirada en el bien de la patria. ¡Viva España y viva la República!



Alegoría de la II República